

pleaban contra los católicos toda especie de malicia y violencia. Desde el fondo de su destierro ó de sus calabozos, imploraban los obispos y abades católicos al sucesor de san Pedro como su único refugio. En el Occidente, la traduccion infiel del séptimo concilio general habia plantado semillas favorables al error iconoclasta. Engañando y seduciendo á los obispos y emperadores francos, la astucia griega se jactaba de asegurar el triunfo de la herejía. Era necesario pues desvanecer las preocupaciones de los obispos francos, haciendo penetrar poco á poco en Occidente una instruccion mas completa; porque el gran mal de esta época era la ignorancia. Prueba tristísima de la realidad de esta ignorancia nos da el concilio romano de 826, reunido por Eugenio II para desterrarla. El estudio de las humanidades habia llegado á tal punto de decadencia, que fué necesario copiar, de un concilio celebrado bajo Gregorio II, el discurso preliminar por la dificultad de componer otro. Los cánones del concilio tuvieron todos por objeto el restablecimiento de los estudios. Los sacerdotes ignorantes quedaban suspensos de sus funciones por su obispo hasta adquirir la necesaria instruccion: el metropolitano debia de hacer lo mismo respecto de los obispos, sus sufragáneos, que se hallaren en tan triste estado. En cada palacio episcopal, en cada monasterio se habian de fundar escuelas bajo la direccion de superiores ó rectores de capacidad notoria, y dependientes del obispo. Se prohibió en fin á los sacerdotes dedicarse á los trabajos del campo que les impidiesen ejercer su estado, segun su verdadera vocacion y ciencia necesaria.

46. Eugenio II sobrevivió poco tiempo al concilio romano, porque murió en 27 de agosto de 827, y su cuerpo fué enterado en el Vaticano.

§ III. PONTIFICADO DE VALENTINO (1.º de setiembre de 827-10 de octubre de 827).

17. Fué elegido papa, el 1.º de setiembre de 827, Valentino, quien apenas tuvo tiempo de tomar posesion de la Silla apostólica, pues que murió en el siguiente mes de octubre,

siendo papa solo cuarenta dias. Su notoria piedad, clemencia y generosidad hicieron muy sensible al pueblo romano tan prematura muerte.

§ IV. PONTIFICADO DE GREGORIO IV (5 de enero de 828-11 de enero de 844).

18. Habiendo vacado la silla romana mas de dos meses, fué promovido al supremo pontificado Gregorio IV, y como á su tocayo antecesor san Gregorio Magno, fué necesario violentarlo á aceptar: pues se habia ocultado en un monasterio, de donde le sacó el pueblo el 5 de enero de 828. Su pontificado fué prueba de que la repugnancia por las grandezas humanas no hace á nadie incapaz de grandes cosas. Los Musulmanes de España, mas y mas estrechados por los cristianos de las Asturias y demás comarcas del norte y levante de aquella, habian llevado sus colonias hasta las islas de la Grecia, donde no hallaban tanta resistencia: tomaron pues posesion de todas ellas sin hallar un solo bajel que se les opusiese, por cuanto Miguel el Tartamudo solo se ocupaba en perseguir católicos. Veía con la mas estúpida y fria indiferencia el desmembramiento del imperio; por lo cual pudieron los Sarracenos fijar la silla de su dominio sobre el Archipiélago en la isla de Creta, donde fundaron la ciudad de Candía, que en lo sucesivo dió nombre á toda la isla. Por otro lado los Musulmanes de África, llamados traidoramente por un malvado comandante de las tropas imperiales, invadieron la Sicilia: como antes en España, así ahora fué una vergonzosa pasion la causa de tamaño desastre. Eufemio, general del imperio, gobernador de la Sicilia, traspasando las leyes del pudor y de la religion, robó sacrilegamente á una monja, sacándola de su convento para casarse con ella. Miguel el Tartamudo habia cometido igual crimen, pues que se habia casado con una vírgen consagrada á Dios, llamada Eufrosina, nieta de la imperatriz Irene, contra su voluntad. Miguel quiso castigar en un súbdito un crimen de que él habia sido reo antes: inconsecuencia muy comun en la historia; y Eufemio, sospechándolo, no le quiso dar tiempo, y



llamó al emir de África en 827 para que se apoderase de toda la Sicilia. Cuando se supo esta desgracia en Constantinopla, dijo Miguel á Ireneo, ministro suyo : « Os felicito de no tener » que cuidaros ya de la administracion de una isla tan lejana : » ya no llevaréis mas esta carga. — Señor, respondió Ireneo, » con solo dos ó tres sangrías semejantes, ya no tendréis que » llevar carga del imperio. » Pero con tal que le quedasen hombres para tiranizar, el Tartamudo se creia harto poderoso. El santo monje Metodio, que mas tarde llegó á ser patriarca de Constantinopla, recibió por orden suya setecientos azotes y fué metido luego en un calabozo, en donde vivió muriendo quince años : san Eutimio, obispo de Sardes, murió en los tormentos, y san Teodoro Estudita murió en el destierro por la fe que tan elocuente como valerosamente habia defendido. No le sobrevivió largo tiempo el patriarca san Nicéforo; y el intruso Teodoto murió en posesion de su trono usurpado, y fué reemplazado por Antonio Sileo, furibundo iconoclasta, que durante los once años de su intrusion persiguió constantemente á los católicos.

19. Por baja cobardía de los emperadores iconoclastas de Constantinopla, los Sarracenos habian llegado á formar una potencia formidable. Dueños de las mas ricas provincias del Oriente, Egipto y África, todopoderosos en el Mediterráneo por sus establecimientos en el Archipiélago; la España y la Sicilia, como dos puertas del Occidente, les servian como de apostaderos contra toda la cristiandad. La sola nacion harto poderosa para oponerse á su invasion hubiera sido el imperio de los Francos; pero Ludovico Pio se habia contentado con rechazarlos de sus fronteras en los Pirineos, y no se cuidaba de enemigos que no le salian al encuentro. Por otra parte Carlomagno, al legarle sus Estados, no le habia legado su ingenio, y este infortunado príncipe iba á tener harto que entender con sus propios hijos. Solo el pontificado quedaba como antemural de la cristiandad, y se echó de ver entonces cuán admirable era el plan providencial que habia dispuesto ponerle en posesion de un dominio temporal independiente. Grego-

rio IV comprendió su mision : se opuso con todas sus fuerzas á las incursiones que no cesaban de ejecutar las flotas mahometanas en las costas de Calabria, Toscana, Lombardía, en toda la Italia. Para proteger la embocadura del Tiber, que presentaba tan fácil acceso á los bajeles enemigos, emprendió un trabajo gigantesco. La antigua ciudad de Ostia, enteramente arruinada, fué reedificada desde sus cimientos, rodeada de muros y fosos profundos, defendida por una guarnicion numerosa y una buena flota, haciéndola así plaza inexpugnable. El reconocimiento público le dió en 828 el nombre de su fundador y la llamó *Gregoriópolis*.

20. Una triste revolucion se iba preparando en el imperio franco. El concilio de París de 829 habia dado á Ludovico Pio un aviso de que supo aprovecharse. « El mayor obstáculo al » buen orden, decian los Padres, es que desde mucho tiempo » há los príncipes se ingieren en los asuntos eclesiásticos; en » tanto que los obispos, ora por ignorancia, ora por codicia, » se ocupan mas de lo justo de los negocios políticos. » Ludovico Pio habia tenido en 823 de su segunda esposa la emperatriz Jutit un hijo, Carlos, llamado luego el *Calvo*. Entonces conoció la grave falta que habia cometido partiendo prematuramente sus Estados entre los hijos de su primer matrimonio. No podia dotar á Carlos sin darle Estados señalados ya á los otros : así es que, por edicto imperial de 829, dió á Carlos el Calvo la Recia ó Suiza, la Suabia y Borgoña; hecho todo por mano de Bernardo, conde de Barcelona, su primer ministro. La emperatriz Judit, á fuerza de caricias y destreza, sacó de Lotario la promesa de respetar la nueva particion, y aun de servir de tutor y sosten al jóven príncipe. Pero la ambicion fué mas poderosa que el amor fraternal, y se formó una liga entre Lotario y los reyes Pipino y Luis, sus hermanos, so pretexto de sustraer al padre de la dominacion del conde Bernardo, cuya altanería y fausto tenian irritados los espíritus, y daban pretexto á crear intrigas entre Bernardo y la emperatriz. Entraron en esta poderosa liga los mas graves personajes del tiempo. Hilduino, abad de San Dionisio y capellan mayor;



Ebbon, arzobispo de Reims; Jessé, obispo de Amiens; Elías, obispo de Troyes; san Agobardo, arzobispo de Lyon; san Bernardo, arzobispo de Viena; Pascasio Ratherto, el doctor mas ilustre de su época; el ilustre y piadoso Vala, abad de Corbie, antiguo ministro de Carlomagno, que creyó meritorio ante Dios ahogar los sentimientos de la carne y la sangre declarándose contra el conde Bernardo, su hermano. Este ejemplo atrajo á los grandes señores del imperio, y todos á una se reunieron, en 838, en Compiègne. Ludovico Pio se apresuró á separar de su lado al conde Bernardo, cabalmente en el momento en que podia serle muy útil: mas este sacrificio no contentó á los facciosos. Se le obligó á que hiciera tomar el velo á la emperatriz, y encerrarla en el convento de Santa Cruz, en Poitiers, para hacer penitencia de las culpas de que se la acusaba. Hasta se quiso que abdicara Ludovico Pio y que se confinase en un claustro. Lotario habia hablado á algunos religiosos que tenian influencia en la conciencia de Ludovico para que le decidiesen á tomar esta determinacion. Estos piadosos monjes, mas fieles vasallos de lo que quisiera Lotario, ofrecieron sus servicios al que miraban como su legítimo soberano. El punto capital era desunir á los tres príncipes rebeldes. El monje Gondebaudo, ingenio sutil é insinuante, fué á verse con los reyes de Baviera y Aquitania; les hizo ver sus obligaciones de conciencia, interesó su piedad filial, sus propios derechos é intereses verdaderos; y en fin logró traerlos á su deber. La dieta, que habia de pronunciar la decadencia de Ludovico Pio, estaba á punto de reunirse, y era importante que no se celebrase en las Galias, donde predominaba Lotario. Gondebaudo logró con su maña que se convocara en Nimegues, para que los Sajones y Frisones, muy fieles y agradecidos á Luis, pudiesen contar con mayoría segura. « Toda la Germania, dice el biógrafo contemporáneo, acudia casi en masa al socorro de su emperador. » Los facciosos, alarmados de tan considerable afluencia, exigieron que, ó se pelease abiertamente, ó que se retirase Lotario. Pasóse una noche entera en conferencias dentro de la tienda de Lotario; é informado Lu-

dovico de estas irresoluciones, mandó llamar cerca de su persona á Lotario, el cual no osó desobedecerle. Al momento se movió en todo el campamento un gran tumulto y amenazaba estallar una sedicion, cuando, para evitarla, se presentaron al público Ludovico Pio y su hijo Lotario, que se abrazaron ante el pueblo: cuya apariencia de reconciliacion calmó la agitación popular. Los principales cabezas de la conspiracion fueron presos, juzgados y sentenciados á muerte; mas el monarca piadoso solo pidió se les arrestase en el claustro: la emperatriz Judit fué sacada del suyo; mas Ludovico escrupulizaba el volverla á tomar por haber hecho votos. Un concilio reunido, en el año siguiente 831, en Aquisgran, la relevó de este impedimento canónico, y se calmaron así los escrúpulos de Ludovico Pio. Judit protestó bajo juramento que estaba inocente de lo que se le acusaba, y fué solemnemente restablecida en sus derechos de reina y de esposa. Los príncipes rebeldes lograron perdón y volvieron á sus reinos: solo el conde de Barcelona quedó sin ser repuesto; y en su lugar quedó de ministro Gondebaudo, que tan señalados servicios habia hecho al emperador y al imperio.

21. No duró mucho la paz: si la ambicion de los príncipes habia causado la primera sedicion, la del ministro desgraciado Bernardo causó una nueva. Este conde indispuso contra Ludovico Pio á los tres príncipes, sus hijos, y muy pronto pareció un manifiesto que se esparramó por toda la vasta extension del imperio. Se quejaban en él de la tiranía de Judit, á quien acusaban de preparar en silencio la ruina de los tres primeros hijos del emperador, para engrandecer los dominios de Carlos el Calvo: terminaba este manifiesto con un llamamiento universal á las armas, para servir á Dios, al rey, á la monarquía. Púsose en juego todo cuanto podia entusiasmar al honor nacional, y muy en breve, en 833, se hallaron al frente de un poderoso ejército los tres hijos desnaturalizados. Para santificar en cierto modo á los ojos del vulgo su empresa, los tres hermanos suplicaron á Gregorio IV viniese á sus reales, so pretexto de interponer su autoridad, como mediador, entre el



emperador padre y ellos. El soberano pontífice, engañado por esta astuciosa negociacion, y por la esperanza de dar paz á la Francia, aceptó este cargo: y se presentó en el campo militar formado en Rothfeld (1), en una espaciosa llanura de la Alsacia, entre Estrasburgo y Basilea. Sin embargo los príncipes, dando colorido muy diverso á las gestiones del papa, esparcian el rumor entre los soldados y el pueblo de que Gregorio IV habia sancionado sus criminales intentos con su autoridad apostólica. Ludovico Pio, mal informado, se dejó engañar acerca de esto; sin embargo, ni se abatió ni se abandonó por ello. Con una actividad y energía de que no se le creia capaz, reune en torno suyo un ejército numeroso que se fué á acampar á alguna distancia del de los príncipes coligados. Si en aquel momento de entusiasmo y excelente disposicion de sus tropas, hubiese empeñado el combate, no hay duda de que hubiera quedado vencedor: tal era el parecer de sus mas cuerdos consejeros, y hasta los soldados mismos solo pedian batirse por él. Pero Ludovico Pio escuchó mas las inspiraciones de su corazon de padre que las de monarca político; y así es que antes de combatir quiso negociar. Se prolongaron las conferencias; Lotario y los dos reyes se aprovecharon para sembrar discordias en el campo de Ludovico. Por otra parte Gregorio IV pedía se le permitiese obrar como mediador. Vestido de sus ornamentos pontificales y acompañado de numeroso séquito de obispos, se interpuso entre ambos ejércitos. Ludovico Pio, cuya injusta prevencion hemos explicado mas arriba, no salió á su encuentro. Gregorio IV atravesó las filas, se acercó al emperador y le dió su bendicion, asegurándole que todas sus acciones habian sido inspiradas por desinteresado deseo de la paz. « No os hemos recibido, respondió Ludovico, con los » honores que con tanto celo prestaban nuestros padres á vuestros antecesores; pero tambien ¡cuán diferente es vuestra » conducta de la de ellos! — Como mis antecesores, repuso Gregorio IV, no tenemos sino un solo deseo, el de mantener

(1) *Rostfeld* significa en tudesco *campo rojo*.

» la paz en el reino de Cristo. » Y explicó en seguida al emperador el verdadero motivo de su venida; y se inauguró una negociacion entre el papa y el emperador, que hubiera producido los mas felices resultados. Mas ni Lotario ni sus hermanos deseaban tal desenlace. Sus intrigas habian logrado seducir á los soldados de su padre, y en sola una noche todos desertaron y se pasaron al lado de los rebeldes. Por la madrugada Ludovico solo se vió rodeado de un puñado de fieles vasallos: « Id, id tambien á rendiros á mis hijos, les dijo; no » quiero que vuestra fidelidad sea causa de vuestra pérdida. » Este padre infortunado pasó él mismo al campo de sus hijos y les pidió solamente gracia de la vida por su esposa y Carlos el Calvo, su hijo. La aficion y extremo cariño por objetos tan dignos de su amor fueron la sola causa de estas humillaciones. Lotario, Pipino y Luis eran vencedores sin combate; pero una victoria ganada contra el mejor padre que vió el mundo, ¿no era un borron indeleble? Los príncipes no lo comprendieron; y Ludovico Pio fué encerrado en el monasterio de San Medardo de Soissons; Carlos el Calvo, separado de su madre, pobre niño de diez años, cuya edad hubiese inspirado lástima á todo otro que no fuera hermano, fué arrestado en el monasterio de Prum, en las Ardenas: Judit fué confinada á Tortona, en la Lombardia. El pueblo, testigo de escenas tan lamentables, llamó al llano de Rothfeld el *Campo de la mentira* (*Lügenfeld*), año 833. — Fué restablecida la carta de 817. El abad Vela, á quien se quiso hacerla aprobar, y que por tal motivo se le habia sacado por fuerza de su retiro de Corbie, dijo gimiendo: « ¡ Ah! se ha pensado en todo menos en los intereses » de la justicia. » El papa Gregorio IV, cuya buena fe se habia sorprendido tan indignamente, lleno de dolor y amargura, regresó á Italia.

22. Aun no acabaron con esto las desgracias de Ludovico Pio. En octubre del mismo año 833, fué convocada á Compiègne una asamblea de obispos y señores; y fué presidente de ella Ebbon, arzobispo de Reims. Compareció ante ella Ludovico Pio; y postrado en tierra sobre un cilicio, leyó en alta



voz una confesion en que se reconocia reo de homicidio por la muerte de Bernardo, su sobrino, rey de Italia; reo de sacrilegio por haber quebrantado el acta de particion solemnemente jurada en 817; reo de tiranía por haber desterrado y sentenciado á muerte vasallos fieles, y por haber arruinado el Estado con su política inconstante y caprichosa. Su solo crimen era su incorregible bondad. Mas el desgraciado emperador confesaba estos pretendidos crímenes derramando torrentes de lágrimas. Entregó despues su confesion, firmada de su propio puño y letra, á los obispos presentes, depuso sobre el altar su casco, coraza y cinturón militar, y se vistió de un cilicio. Mientras estaba postrado en tierra como un penitente, los obispos le impusieron las manos y rezaron las oraciones de costumbre para tales casos. Lotario, Pipino y Luis alegaban que la penitencia pública traía consigo, segun los cánones, inhabilidad para llevar armas y tomar parte en los negocios del Estado; lo cual era falso, aun respecto de los particulares, á quienes no estaba entredicho el ejercicio de sus cargos sino durante el curso de su penitencia, y no estaba admitida esta restriccion para con los soberanos. Asistieron pues llenos de loca alegría á esta odiosa ceremonia, como á la degradacion de un padre cuya soberanía se les hacia insoportable. Pero la muchedumbre habia mirado con otros ojos una actitud tan ridícula. Escandalizó á todos en sumo grado la humillacion de un soberano cuya bondad era popular; así es que no tardó en realizarse una reaccion. Lotario mismo la provocó por la altanería y petulancia con que trataba á sus propios hermanos. Los traidores jamás estuvieron unidos largo tiempo: Pipino y Luis se armaron contra Lotario. A la noticia de su armamento, Lotario deja precipitadamente Aquisgran, llevando consigo arrestado á su infortunado padre, cuyo hábito de penitente y crueles infortunios recibian por todas partes testimonios de lástima y simpatía. En París estalló la compasion pública en manifestaciones directamente hostiles. Lotario, espantado, dejó á su augusto cautivo en San Dionisio y huyó precipitadamente á Italia. Todos los señores, todos los

obispos, todos los soldados libres de su tiranía, acudieron en masa á San Dionisio, se echaron á los piés del emperador, y le suplicaron volviera á tomar las insignias de su dignidad: hasta los mismos Luis y Pipino vinieron á implorarle humildemente perdon y gracia. Lotario solo continuaba la guerra civil; pero abandonado á su vez de los suyos, como antes su padre, se vió reducido á pedir perdon y gracia á un padre á quien tanto habia ofendido. Ludovico Pio lo olvidó todo, restituyó á Lotario su reino de Italia, á Luis y Pipino sus dominios, y quiso, antes de volver á vestirse de sus ornamentos imperiales, ser relevado de su penitencia pública por un concilio. Cuarenta y siete prelados se reunieron, en 835, en Thionville, y anularon cuanto en el año anterior se habia hecho en la asamblea de Compiègne. Ebbon entregó al concilio una acta de dimision concebida en estos términos: « Yo » Ebbon, obispo indigno, vivamente penetrado de la grandeza » de mis faltas y queriendo salvar mi alma con saludable penitencia, renuncio á las sagradas funciones episcopales que » he profanado, y á fin de que se pueda ordenar en mi lugar á » otro pastor mas digno y que gobierne mejor la Iglesia, firmo » de mi puño y letra esta acta. » Fué sometida la dimision á la ratificacion del papa, quien la aceptó. Ludovico Pio fué relevado solemnemente de la penitencia que se le habia impuesto; volvió á tomar las vestiduras imperiales, de que no hizo uso sino para extender su clemencia sobre todos los vasallos que le habian sido infieles. Agobardo de Lyon y Jonás de Orleans con los demás obispos regresaron á sus diócesis. Lo crítico de las circunstancias hubiera podido servirles de excusa si el emperador se la hubiera pedido; pero se contentó este con la promesa de serle fieles en adelante, sin miramiento á lo pasado que deseaba enterrar en perpetuo olvido. Ebbon tuvo licencia para retirarse al monasterio que quisiere: mas despues, con el beneplácito imperial, fué sacado de clausura y elevado á la silla episcopal de Hildesheim. Para consagrar con una solemne fiesta el aniversario de su restauracion, Ludovico Pio, á solicitud de Gregorio IV y con consentimiento de todos